

# OM MANI PADME HUM

Por Alberto Omar Walls

Siempre me interesó su estética personal, pero también su actitud social cuajada de recordatorios de la vieja escuela - ¡ya lo sé, no tan vieja!- y que engarza con los intelectuales y artistas herederos de los vientos del este de una libre enseñanza que se institucionalizó allá por los años primerísimos en los que aún eran muy jóvenes Pérez Minik, Westerdalh o García Cabrera. Es Pedro González de la misma fábrica que creó la madera de aquella generación<sup>1</sup> que también quería enterrar estéticamente al padre, pero manteniendo en acción ciertos principios éticos que los unían por encima de olvidos lacerantes *-respeto a la persona humana, a sus ideas religiosas, filosóficas, políticas o de cualquiera otra índole, reconocimiento de la función educadora como agente de todo progreso duradero y vehículo de la cultura...* Pero lo que me interesa de Pedro González no es el ser social que ha venido dejando su huella histórica -eso, aunque auténtico, es para biógrafos y críticos-: querría descubrir el porqué me recuerda tanto a un *mamut de oro*. Estarán conmigo en que sin ser un mito, porque aún es un ser de carne y hueso, se le observa que la sustancia visceral se le

---

<sup>1</sup> Entiéndase como referencia a la Institución Libre de Enseñanza.

ha columbrado hasta el alféizar de la mirada de manera distinta a los demás individuos. Es decir, Pedro González nos mira intensamente desde sus cuadros de grandes ojos de telas pintadas, intensas, vívidas, de colores domeñados por el maestro que sabe que busca y que encuentra sin poder saber jamás qué cosa halla en el proceso de crear.

La obra de Pedro González nunca nos ha dejado indiferentes, mas estos cuadros incitan a la perplejidad.

¿Podremos sustituir el goce estético por el asombro?

En el juego de las sensaciones toda respuesta es lícita y, además, existe la condición básica de que todos somos espectadores de nosotros mismos. Puede que los cuadros atrapen desde la admiración más subliminal, o en la cadencia estética de una especial sintonía vibratoria del intelecto, o que te enamoren físicamente, como nos puede sorprender el amor de una muchacha o un muchacho que lleven, no a la vista, aunque sobre sí, sólo medio cuerpo y medio espíritu proyectándose más allá de los deseos. No será sólo amor estético, intelectual o físico -el previsible-, porque siendo auténtico será sutil, flexible y silencioso.

Cuando nos observa lo hace con su mirar infinito el mamut dorado transformando sus ojillos lejanos y profundos, que adoptan modelos cambiantes -porque primero fueron gatos, luego cuevas, más tarde cementerios.

No hay mentira que haya aprendido a sustituir al amor. Mirada, silencio y amor...

*Mani Padme*, lo eterno en lo temporal.

También de eso se trata, del silencio que nos mira con insistencia y que, en esa obsesión desmedida, se expresa. Cada cuadro será como una antigua mirada que encubre la sabiduría del pintor. Partida, como un espejo añoso, en grandes pedazos. ¿Será como el dibujo que se plasmó en la retina de Newton viendo caer la manzana desde la infinita altura del árbol, descorriéndosele el velo misterioso de la gravedad en el tiempo de ir a emitir un *Om*? Pero recordemos que también la mirada del mamut es avispada, alpista que rebota desde las niñas de sus ojos vivos y te otea para retratar luego y permanecemos ocultos en el aire bidimensional de las telas.

¡Observen la especial capacidad comunicativa: el artista aquí pinta el aire! Solo transmite así quien se adueñó, quizá sin saberlo, de tamaña mirada penetrante e inocente y un oído hiperestésico. ¿Se tratará al fin de la única mirada que nos devuelva al Olvido?

Lo sabemos: muchas soledades y silencios recorren juntos los mundos.

*Om...*

En las vívidas balsas de los emigrantes valdría la pena intentar un golpe de manivela, subir el volumen, girar la música de Karl Orff e imaginar la acción, para que en la mente se recobren vidas y escalofríos de terror comprobando en ello hasta dónde ha llegado nuestra indiferencia de individuos satisfechos. Como Goya, también recordó con espontaneidad la memoria de Pedro González rindiendo escalofriante homenaje a la inocencia africana que cree hallar acogida en la cansada y estupidizada Europa. ¿Cómo iba a ser de otra manera en

esta época contradictoria? Tiempos en que se trabaja con células madre abriendo futuros a la inmortalidad, sin que aún hayamos aprendido a negar las guerras ni evitar el dolor; momentos en que se elevan cínicamente las diferencias sociales sin que los grandes hombres de negocios hagan suficiente por rebajar las bolsas de pobreza... Es esta una sociedad al borde del suicidio colectivo. En una sociedad enferma de falta de comprensión, la obra lúcida del pintor puede ser tanto un aldabonazo de respuesta airada como un mantra de liberación espiritual.

*Om Namah Sivayya*, dijo Babayi.

El creador total se ha expresado a pesar de sus condiciones sociales o de sus propias imposiciones, haciendo lo que ha querido mostrar. Aunque no sepa siempre lo que está haciendo o el porqué lo intenta, y, aunque sólo intuya que es una necesidad llegar más allá de donde está, en el proceso de creación que lo enfrenta a la composición de formas escritas o visuales, está ahondándose hasta rozar con los dedos la profundidad de sí mismo.

Recuerdo hace muchos años que en una ciudad holandesa, en la visita obligada a un centro cultural, se me agasajó desde el jardín con una magna exposición sobre la muerte. No me la esperaba... y, claro, lo que impacta se graba ahí, sin más, entre los pliegues del temor, pero, a la larga, amaestra el magma intelectual. Por contraste, aquella experiencia podría poseer la sutil pretensión de intentar demostrarme que estaba entre los vivos, enseñanza de la que hoy día no sólo dudo sino que

pongo en cuestión a cada grano de arena que pasa por el diábolo del tiempo humano.

Me sorprenden y encantan los alegres cementerios de Pedro González.

En esos lienzos bellísimos -de los que él mismo anuncia que no se venderá ni uno- asistimos a la cartografía mental de una conjunción de camposantos imaginados donde se entremezclan la *viveza de los colores* con el terror con el que algunas religiones han connotado *el territorio de la muerte*. Una reducida geografía ciudadana donde se ostra el cuerpo para que otros seres lo devoren y hundan en el olvido transmutándolos por los estadios de tierra, madera, metal, agua, fuego y aire - lo que los bioquímicos llamarán quizá ciclo de Krebs.

Los cementerios de Pedro González se pueden visitar sin que acabemos la travesía tristes o indiferentes - bueno, quizá con el de tonos grises la cosa sea distinta. En verdad la muerte no existe, sólo es cuestión de aceptar la integradora función del conocido ciclo kármico o la sustancia última de la compasión que nos lleva al vacío. También desmantelar todo su andamiaje imaginativo.

La muerte, sin el soporte de ningún marco imaginativo, se hará innecesaria.

*Om Ah Hum* purifica de los temores.

Recuerdo una buena película protagonizada por Burt Lancaster [*El nadador*, del director Frank Perry], donde el personaje principal hacía un recorrido físico pero también crítico de la sociedad burguesa americana y, a la postre espiritual para el protagonista, nadando por todas y cada una de las piscinas de la zona más rica de la ciudad. Cuando vuelve al lugar de partida -¿habría que

decir que cuando osó tornar a Ítaca?- la decrepitud y la muerte le devoraron la memoria.

¿Recorrer todos los cementerios nos tornará a la vida?

Escribir, pintar, cantar, bailar, cocinar, tener hijos, recibir premios y honores, gozar de los bienes materiales ¿nos devolverá algún día al ser que yace escondido tras la soledad, el susto de saberse vivo, el frío y la muerte?

*Om Mani Padme Hum* nos abre al lenguaje de la compasión.

Pedro González pinta y... ya está. ¡Y cómo pinta!  
No hay que darle más vueltas.